

19

**CUANDO TE ENCUENTRES A
MILES DE PERSONAS CUERDAS
INTENTANDO SALIR DE UN
LUGAR Y A UNA PEQUEÑA
PANDILLA DE LOCOS
INTENTANDO ENTRAR, SABRÁS
QUE ESTOS ÚLTIMOS
SON REPORTEROS...**

294116

**Informe de Desempeño Profesional que para
obtener el título de Licenciada en Periodismo
y Comunicación Colectiva presenta**

LUCÍA CARRASCO ROJAS

Con la asesoría del Lic. Edgar Liñán



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TESIS CON FALLA DE ORIGEN

MEMORIA DE BABEL

Escuchar el sonido del viento, mirar hacia el cielo, encontrar interesante el libro que había estado pendiente, atender las noticias; cualquier pretexto antes de volver a las etapas que parecían haber quedado atrás.

Inicialmente pensé que construir este informe sería una tarea sencilla, pues se trataba de relatar hechos ya ocurridos. Un producto de la experiencia. No era la investigación exhaustiva que exige la tesis; sólo tendría que repasar cada uno de los lugares en que he trabajado y describirlos tal cual.

Pero al sentarme por primera vez para comenzar la redacción, me di cuenta de cuán equivocada estaba. Cientos de datos y anécdotas vinieron a mi mente. Un episodio conducía a otro en una construcción caótica, en una especie de memoria de Babel que, por alguna razón, mostraba resistencia a ser descrita. Comenzó entonces una lucha absurda conmigo misma.

Y es que la redacción de este informe ha resultado una especie de psicoanálisis profesional. Durante varias semanas, mi otra "yo" impidió que las palabras fluyeran, mientras yo permanecía sentada frente a la máquina, pensando. ¿Cómo iba a sistematizar, a resumir tantas cosas, tanta vida?

Aunque más allá del aspecto formal, con los días comprendí que este texto podría ser comprometedor. Comprometedor para los medios en los que he estado porque reflejaría la situación de cada uno, el ambiente, las carencias y vicios que me ha tocado ver. Pero más aún comprometedor para mí, porque habría de revisar, y evidenciar, mis propios errores y aciertos a lo largo de esta carrera a la vez ingrata y fascinante. Y cuando para una persona el aspecto profesional es, como para mí, la mitad de la vida, llegan entonces las preguntas hondas, la dolorosa autocrítica.

En el café se dicen mil cosas, pero es necesario ser más racional, más analítica, sensata y cuidadosa para plasmar algo que debiera ser un retrato hablado, lo más fiel posible, sobre la realidad de esos medios y esas experiencias. En ese sentido es difícil no caer en la subjetividad. (Dice Ciorán que ser objetivo es tratar al prójimo como se trata a un objeto muerto, es comportarse con él como un sepulturero).

Tal vez por eso, llegado el momento de la verdad, cual cierto personaje mitológico, tejía recuerdos caóticos sólo para destejer más tarde el entramado. Escribía, escribía y después leía lo escrito, parecía fatuo y lo eliminaba, de modo que no avanzaba en mi trabajo.

Así de difícil fue para mí documentar este informe. Tormentoso como no llevar cinta a una entrevista, como recibir la orden después de ocurrido el suceso. Ese bloqueo duró semanas enteras, no sé cuántas, hasta que un buen día el *ego* le ganó al *ello* y quise concluir. Me resigné a buscar en el archivo esas revistas y esos periódicos que creí muertos.

No encontré solución más adecuada que el orden cronológico, no sólo por ser más inmediato, sino porque

considero que mi aprendizaje ha evolucionado también en ese orden. Mis andanzas han ido de la nota semanal a la entrevista, de la entrevista a la nota diaria, de la nota diaria al reportaje, del reportaje a la edición, de todo lo anterior, paso a paso, a todas esas labores reunidas en una publicación. Así, a lo largo de estas páginas registro mi primera firma, en 1986, en el diario *unomásuno*; los casi tres años que trabajé para la revista *Tiempo*, las colaboraciones en los diarios *El Norte*, de Monterrey y *El Nacional*, además de mi participación en la fundación del diario *Reforma* y de la revista *Asamblea*.

MI PRIMERA EXPERIENCIA

(1986)

Aunque estas páginas registran la memoria profesional a partir de 1990, mi primera experiencia en un medio impreso fue en 1986. Coursaba el segundo semestre de la carrera, el tronco común, cuando, el 7 de julio de ese año fue publicado mi primer artículo en el diario *unomásuno*, producto de un taller de periodismo literario que impartía Huberto Batis -entonces director del suplemento *Sábado-* en el museo Carrillo Gil. En un texto de cuartilla y media echaba pestes sobre el mundial de fútbol, que en ese momento se celebraba en México, que enloquecía a un público no apto para concebir el triunfo y, cada vez que la selección nacional daba alguna señal de vida, reaccionaba con la destrucción de autos y lo poco que quedaba en pie en la ciudad después del terremoto de 1985; solamente hubo unos cinco textos más publicados en ese diario.

I. LA FORMACIÓN
(1990)

1.1 TRAS LAS HUELLAS DEL TIEMPO PERDIDO

Hacia principios de 1990 el mundo, el país y yo éramos otros. Un fantasma ya recorría Europa, pero aún no ganaba la derecha en Alemania y las Repúblicas Socialistas Soviéticas continuaban siendo la segunda potencia mundial, aunque no por mucho tiempo. Aún eran los tiempos de la dama de hierro. Nelson Mandela se encontraba en prisión. No había estallado la guerra en Yugoslavia y sabíamos que existía Bagdad sólo por *Las mil y una noches*.

De este lado de la tierra, en Perú, donde no se registraba un caso de cólera en muchos años, el escritor Mario Vargas Llosa disputaba la presidencia con Alberto Fujimori. Las guerrillas salvadoreña y guatemalteca no habían depuesto las armas. En Colombia, en sólo ocho meses tres candidatos presidenciales fueron asesinados (aunque, tristemente, el panorama no ha cambiado de manera radical en la otrora llamada "Atenas Latinoamericana"); con dificultades, César Gaviria salió ileso de las balas y las urnas, al lograr una tibia victoria producto de un alto abstencionismo originado por el terror.

México, en cambio, parecía ser la vanguardia en Latinoamérica. Trataba de insertar su economía en los mercados mundiales. Comenzaba apenas el segundo año de un nuevo gobierno. El dólar costaba menos de cuatro viejos

pesos. Si los sexenios anteriores se habían caracterizado por políticas populistas, éste prometía distinguirse por verdaderas políticas económicas diseñadas en Harvard cuyos beneficios llegarían más allá de la bolsa de valores: a la bolsa de pan, a las bolsas de despensa y a los bolsos personales.

Poco a poco se intentaba hacer olvidar, con medidas económicas, la revuelta por el fraude electoral de 1988 que Cuauhtémoc Cárdenas seguía denunciando desde su trinchera.

Como apoyo al nuevo presidente Carlos Salinas -que ya había anotado su primer gol al negociar el aplazamiento en el pago de la deuda externa-, la iniciativa privada refrendó el "Pacto para la Estabilidad Económica", engendro de Miguel de la Madrid en el que, nos explicaban entonces, "se conciliaban las necesidades de la modernización económica con la preservación de los niveles básicos de consumo de la población". Renegociación y pacto, 2-0 favor el gobierno.

Salinas de Gortari nos aturdió con la ilusión óptica de que, finalmente, el país estaba cambiando y pronto ingresaríamos al "primer mundo", puesto que entraban grandes capitales extranjeros y nos encontrábamos de luna de miel con Estados Unidos; además, ya se hablaba de firmar un acuerdo de libre comercio entre ambas economías. Dentro de poco alcanzaríamos el *status* de "milagro mexicano".

Sangre fresca en un viejo medio

Pero yo me encontraba muy ajena a todas esas expectativas. En octubre de 1989 egresé de la carrera de Periodismo y Comunicación Colectiva, y hacia principios de 1990, no solamente no sentía los beneficios de la macroeconomía, sino que llevaba tres meses formando parte de

las gráficas de la tasa de desempleo abierto (ahora sé que quien está en ese sitio es privilegiado, puesto que no ha perdido la esperanza de encontrar empleo).

Realizaba mi servicio social en el Instituto Mexicano de la Radio cuando un compañero de noticias me preguntó si me interesaría trabajar en la revista *Tiempo*. Acudí sin pensarlo, primero porque no tenía empleo y buscaba uno, pero además, porque siempre pensé que lo mío era la prensa escrita, así que *Tiempo* podía ser una buena oportunidad para iniciar. Por su inmediatez, pensé, la radio dificulta al reportero el análisis informativo; es como cristal que filtra y refleja los acontecimientos en espacio-tiempo reducido.



Llegué al semanario sin cita, mostré mi *currículum* al director, aunque el único contenido relevante eran los cursos que tomé durante cuatro años. El director me hizo dos o tres preguntas sobre la diferencia entre la radio y la prensa, entre el diario y el semanario y sobre algunas notas relevantes en ese momento, de las cuales supongo que salí bien librada porque el lunes siguiente comencé a trabajar, a prueba por dos meses; dos meses que se prolongaron por casi tres años.

Y el aprendizaje comenzó. Cada día y a cada momento me daba cuenta de que lo ignoraba todo. Ignoraba que era un medio de la Secretaría de Gobernación. Que, luego de un pleito legal con *Time*, nuestro *Tiempo* mexicano circulaba fuera del país con el nombre de *Hispano Americano*. Que la había fundado el escritor Martín Luis Guzmán. Que en su momento no sólo había sido importante, sino incluso era referencia del buen escribir en español. Por eso las universidades extranjeras más prestigiadas estaban suscritas y se apoyaban en ella para dar clases de nuestro idioma.

No era para menos, pues con el autor de *La sombra del caudillo* como líder, personalidades como Xavier Villaurrutia, José Luis Martínez, Leopoldo Zea, José Mancisidor, Germán List Arzubide y Luis Suárez, entre muchos otros, hicieron de *Tiempo* "El semanario de la vida y la verdad" a partir de la década de los 40; además, Martín Luis Guzmán dio cabida en asuntos políticos a mujeres reporteras (Margarita Michelena, Elena Poniatowska) en tiempos en que las féminas no tenían derecho al voto y las pocas que osaban ejercer el periodismo eran relegadas (regaladas) a describir el inefable encanto de la sección de sociales.

Había una preocupación especial por el estilo caracterizado por el rigor informativo que exige el periodismo, pero con la creatividad y riqueza propias de la literatura, y esa combinación era supervisada personalmente por Martín Luis Guzmán, el escritor a quien Luis Cardoza y Aragón consideró -junto con Alfonso Reyes- el mejor prosista que ha dado México. Lamentablemente, todos los valores de aquel *Tiempo* se habían perdido con los años.

Otro detalle que desconocía en 1990 era que recién estrenábamos director, Renward García Medrano, quien se encargó de renovar la estructura de la publicación, "de fondo y forma", con un apoyo que se notaba: computadoras a cambio de las máquinas de escribir de los tiempos en que don Martín Luis era una personalidad respetada; una casona soleada y con alfombras nuevas en la colonia Del Valle en lugar de los gélidos muros y las ratas del viejo edificio de la colonia Juárez; y sangre fresca que comenzó a llegar para desplazar, poco a poco, a la planta de reporteros que formaron parte de otro equipo y de otro tiempo.

De jeques y poetas y locos...

La subdirectora Pilar Orraca me envió a la sección internacional, que hacía falta reforzar. De inmediato comencé a involucrarme con una información nueva para mí, que en principio me pareció complejísima, pero fascinante al mismo tiempo. A través del seguimiento de elecciones, de enfrentamientos armados o firmas de documentos, descubría la estructura de distintos gobiernos y ciudades, sus fuerzas políticas, su historia; la biografía de personajes, sobre lo cual sólo había tenido una pincelada en el periodo universitario.

Mientras tanto, durante las primeras semanas de mi estancia gente nueva se incorporaba constantemente a la redacción, neófitos todos, con una formación heterogénea, no en todos los casos académica. Éramos unos cuatro egresados de la carrera de periodismo, los demás eran teatreros (un director y varios actores), una abogada, varios poetas egresados de la Sociedad General de Escritores, un performancero, un videoasta cubano de los pocos que tienen el privilegio de viajar... Solamente había un punto en el que coincidíamos: toda esa gente estaba loca. ¿O joven?

Destaco esta característica porque creo que el conjunto del equipo alimentó el nuevo estilo que comenzó a surgir en *Tiempo*. Me parece que esa convergencia fue posible porque nunca se trató de imponer un estilo en la forma de hacer los reportajes, las entrevistas, entre otras razones no por una apertura democrática, sino porque no teníamos un modelo a seguir, no había nada que imponer si el jefe de redacción era director de teatro, pero además porque él tampoco estableció el binomio jefe-trabajador. (Por ejemplo, nos dirigíamos al coordinador de internacionales como "el jeque" -anciano venerable- para proponerle cualquier cosa que aprobaba luego de mejorarlo con la aportación de nuevos elementos).

Había autoridad, pero una autoridad abierta -hablo de mi primer año- que propiciaba un ambiente relajado y permisivo, no por ello menos responsable y serio en el trabajo. Siempre con el fin de mejorar, mis compañeros y yo solíamos inmiscuirnos para colaborar en cualquier otra sección, en seleccionar material de archivo, en revelar en el cuartoscuro que se instaló con equipo de todo mundo, en el diseño de las páginas y portadas... y se nos iba más de media vida en aquella redacción.

Un nuevo (des) orden internacional

Los primeros trabajos que recuerdo fueron respecto a la caída del Muro de Berlín y la reunificación de las Alemanias, aunque se trataba solamente de recopilación de hechos relevantes ocurridos durante la semana a los cuales había que dar registro. Siguió la caída del bloque socialista, los cambios de gobierno en América Latina que habían reaccionado frente a la situación económica con planes de choque.

Unas semanas más tarde, las notas de recopilación fueron sustituidas por entrevistas a embajadores, académicos, funcionarios de la Secretaría de Relaciones

Exteriores (SRE) y cualquier visitante en el país que representara a otros gobiernos.

Eran tiempos convulsivos en todo el mundo: se daba la disolución de los regímenes en Europa del Este, había guerra civil en Liberia, se intensificaba la exigencia por eliminar el apartheid en Sudáfrica. George Bush hablaba de establecer un "nuevo orden internacional".

Escribir este informe también ha resultado particularmente difícil porque, con los años, mi memoria se ha vuelto difusa, así que de repente tuve que recurrir a viejos ejemplares de la revista, aunque debo aclarar que no hice una selección, sólo tomé las que tenía a la mano.

Al revisar aquellas páginas no deja de sorprenderme lo lejano que parecen los días en que di registro al ocaso del último emperador comunista, Eric Honecker, constructor del Muro de Berlín, quien gobernó por dos décadas la Alemania comunista y dio las órdenes de disparar sin miramientos contra el que intentara atravesar el famoso muro, y a quien la Unión Soviética, una vez desintegrada, expulsó luego de protegerlo.

O al caso de Italia, quizá el país políticamente más inestable de Europa en el cual Bettino Craxi logró ser primer ministro con sólo 12 por ciento de la votación ante el vacío de poder. O la guerra del Golfo, "la madre de todas las guerras" no solamente en cuanto a armamento, sino también en cuanto a manipulación de informes e imágenes difundidas por



los medios. La guerra y la muerte dejaban de ser historia para convertirse en la noticia que desplazaba cualquier asunto doméstico en todo el mundo.

O el 45 aniversario de la independencia de la India, o la lucha por la soberanía de Quebec, o los 400 líderes indígenas de todo el mundo que se encontraron en Río de Janeiro para luchar por la naturaleza de forma paralela (y robando cámara) a la Cumbre de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y Desarrollo.

También en ese tiempo México desarrollaba una gran actividad diplomática. Con Fernando Solana al frente, recién se había restablecido relaciones con Chile, suspendidas desde el golpe de Estado en 1973, poco después se firmó con ese país el primer tratado de libre comercio y casi todos los países latinoamericanos mostraban interés en el intercambio comercial y cultural con nuestro país.

Ya que tenía a mi encargo la SRE, cubrí las visitas de mandatarios, ministros y otras personalidades que llegaron a la capital, como los presidentes de Guatemala, Vinicio Cerezo; el ministro del Exterior de Francia; Vaclav Havel, entonces presidente de Checoslovaquia; Douglas Hurt, ex ministro de asuntos exteriores de Gran Bretaña; Nelson Mandela, quien recién había sido liberado tras 27 años, entre muchos otros.

Al involucrarme con la información internacional, y ante la falta de recursos para viajar, me adentré en el mundo diplomático, en especial en asuntos de las embajadas de países árabes, donde poco a poco, aunque representaba a un medio prácticamente desconocido, se me fueron abriendo espacios: comenzaron a invitarme a sus actividades y las entrevistas que tenía siempre eran exclusivas. Esa fue una de las primeras enseñanzas que *Tiempo* me dejó. Fuera de la redacción, el reportero se convierte en el medio, y en la medida en que se maneja la información con responsabilidad se ganan más espacios. Comprobé lo que dijo alguien llamado ¿McLuhán? El reportero es el mensaje.

En la guerra y el periodismo

Mis recuerdos de aquellos años están llenos de agradables pasajes y anécdotas ilustrativas de las distintas culturas. Pero también hubo incidentes *non gratos*. Un negro ejemplo es la entrevista con el embajador de Siria en México durante la guerra del Golfo, que me dejó un sabor de boca tan amargo como el té verde que se bebe en el desierto.

El desastre comenzó con el idioma y continuó con su arrogancia. Él hablaba un inglés árabe un poco afrancesado, yo hablaba un *spanglish* accidentado, quizá fluido para una charla ligera, pero insuficiente para conversar sobre chiítas, maronitas, fuerzas políticas o armamento, algo que espero haber mejorado con el tiempo. Acudí con el fotógrafo y con una compañera muy leída y escribida que vivió en Israel, quien haría de traductora; pero a la hora de la hora, cuando el embajador respondió la primera pregunta, ella se quedó muda.



Al darme cuenta de la situación quise rezarle a Alá, pero tímidamente continué con la siguiente pregunta del cuestionario que llevaba preparado en inglés, pues me había perdido partes como para retomar el punto anterior. Después de la segunda respuesta consideré más honesto preguntarle directamente si él tenía un traductor. Consultó con su secretaria, quien respondió que no había nadie más en la embajada en ese momento.

Lo último que podía hacer era regresar a la redacción sin entrevista, así que el calvario continuó. El embajador respondía con desagrado y con una agilidad para mí perturbadora. La traductora putativa fingía tomar apuntes. El fotógrafo se escondía tras la cámara. Yo sudaba frío, trataba de concentrarme al máximo, pero escuchaba palabras que sencillamente no entendía. Al terminar el cuestionario, de modo fragmentado, luego de unos 25 minutos pensé que no tenía ningún sentido continuar, me levanté y dije con una sonrisa congelada: "thank you very much".

Desconfiado -y con razón- el embajador pidió el texto antes de ser publicado, y sólo entonces la ex compañera abrió la boca para complacerlo: le prometió enviarle una copia, sin que fuera su entrevista y sin haber colaborado en nada para que funcionara. Contradecirla en ese clima de tensión habría empeorado las cosas.

Ya en la redacción fui honesta con "el jeque" de la sección, quien en un gesto de solidaridad se ofreció a capturar la entrevista, pues no sólo entiende de asuntos internacionales, sino que habla inglés y francés. Una vez capturada, la revisé con casete en mano, y sólo entonces, cuando estaba segura del contenido, subí a hablar con el director para exponerle la situación, ya que cualquier medio que se respete no permite ver un texto antes de ser publicado.

Renward me dijo que, dadas las circunstancias, haríamos una excepción; que lo enviara y esperaríamos la respuesta. Lo hice, pero cuando el texto regresó por fax algunos datos no coincidían con el original; volvimos a revisar el casete y ahí corroboramos que era correcta la

información que habíamos puesto, no de forma, sino de fondo. Con las dos versiones y sus diferencias, fui nuevamente a ver al director y su decisión fue: no se publica.

En la guerra y el periodismo una está sola. Grave error confiar en alguien. La mejor arma, la única, es el manejo que se tenga sobre el tema y el lenguaje. Vaya enseñanza dolorosa que me dejó aquel episodio, uno de los más incómodos que recuerde a lo largo de estos años de experiencia.

"No tengo una foto con ese hombre guapo"

Menos dramática fue la etapa que ahora comentaré. Durante el segundo año de mi estancia en la revista, se le ocurrió al director que la redacción en pleno desayunaría una vez al mes, una manda donde expiaría sus culpas, pensé. Se trataba, en teoría, de explorar el sentir de cada uno, y de que todo mundo aportara ideas. En uno de esos desayunos surgió en un columnista la curiosidad (?) por saber quiénes eran los corresponsales extranjeros, cómo, cuándo llegaron al país y bajo qué circunstancias. La misión me fue encomendada, y de ahí surgió una serie de entrevistas de semblanza que enriqueció mi experiencia en este género.

La serie comenzó con el entonces presidente de la Asociación de Corresponsales Extranjeros en México, el chino Wo Wei Cheng, quien se describió en el ejercicio de su carrera como un soldado de agua en campamento de hielo (antes que ser periodista -o persona- era militar).

Realicé la siguiente semblanza al fotógrafo holandés Frans Stoppelman, un raro ejemplar de edad respetable pero de carácter irreverente, quien luego de dos o tres martinis - durante la inusual entrevista que duró cuatro horas- narró una anécdota sobre su encuentro en México con la reina Isabel. Dijo que le prohibieron estrictamente tomar fotografías, y se lamentó

de haber acatado la orden, pues tuvo una grata y prolongada conversación con Su Majestad.

"Ya pasó la época en que las reinas te pueden decapitar. Isabel es una señora muy simpática, podría ser mi tía, así que yo debí preguntarle a ella si me permitía tomarle una foto. Ahora todas las noches se lamenta por no tener un recuerdo mío, todas las noches le dice a su esposo, 'oye Philippe, no tengo una foto con ese hombre guapo' ".

En un tono mucho más sobrio se desarrollaron las entrevistas con Fernando Orgambides, corresponsal del diario *El País*, con El Hassan Achabar, de la *Magreb Arabe Press*, con el entonces director en México de la *United Press International*, con Sergio Dorantes, de *Newsweek*, *Sygnia* y *Time*, y Noel Lorthiois, de la *Agence France Press*, entre otros.

Si bien a lo largo de esta serie padecí muchos plantones (como del corresponsal de la *Jiji Press* de Japón) y rechazos (como el de Eloy Aguilar, de la *Associated Press*), lo cierto es que esta serie fue una experiencia importante en donde ejercité un género nuevo para mí, y creo haber logrado obtener cierta sensibilidad respecto a los estados de ánimo, la inteligencia, experiencia, sensibilidad y conciencia de la gente que entrevisté, así como a los detalles que eventualmente se pueden convertir en cabeza de un artículo.

A lo largo de los casi tres años que pasé en *Tiempo* incursioné ocasionalmente en otras secciones. Quizás una de las más amenas aventuras fue cuando dos compañeros y yo tuvimos la loca idea de publicar semanalmente una columna de rock. Hacia 1991 apenas comenzaban a autorizar en la ciudad esos conciertos masivos después de toda la vida de abstinencia musical. Así, junto con mis dos camaradas cubrí los conciertos de Sting, INXS, Joan Jett, Rod Stewart, ZZTop, Roxette, The Cult, y muchos más.

De ese modo conocí las pequeñas pero cerradas mafias que componen la "prensa de rock" en México, la selectividad de las compañías disqueras, el despotismo o sencillez de algunas estrellas y el porqué muchos rehusan dar conferencias de prensa o entrevistas: siempre he pensado que, ante la ignorancia, es preferible el silencio; pero no todos opinan lo mismo.

Incursionar en este género fue, sobre todo, divertido. Una variación de la información habitual, donde no hablaba de misiles, golpes de Estado, elecciones o sentimientos nacionalistas, sino de stratocasters, armonías, colores de voz, resonancia. Un género donde pude practicar en algunas ocasiones la fotografía y la entrevista; sin embargo, debo admitir que no lo hice con mucha fortuna, pues mi gusto por la música siempre ha sido mayor que mi conocimiento.

Personalmente dejó de entusiasmarme cuando descubrí que las disqueras presionaban para que llenáramos espacio con las novedades del momento, lo cual implicaba abordar de repente algún grupo prefabricado y escribir sobre él; y como no todo es Tom Waits sobre hojuelas...

Como agua para chocolate

Lamentablemente, antes de ser periodista tuve que pasar por el trámite burocrático de ser empleada. También lamentablemente, algo que descubrí muy pronto es que para gozar de ciertos beneficios es necesario formar parte de los afectos de ciertas personas. Me ha costado mucho trabajo decidirme a relatar el siguiente pasaje porque no tiene que ver propiamente con el ejercicio del periodismo, sino con las relaciones laborales que implica pero que condiciona el producto final.

Un ex compañero descubrió por casualidad un documento firmado por el jefe de redacción,

Gilberto Guerrero, en donde autorizaba el pago de horas extras para sus favoritos, hasta antes de este episodio pensamos que nosotros nos encontrábamos incluidos en esa lista. La amistad se demuestra en la nómina, dice un chiste del medio.

Sucedió la tarde de un viernes, la mayoría ya se había ido. Como agua para chocolate, salimos perplejos ante tal injusticia. Ya en la puerta, nos encontramos a una compañera (tampoco incluida en la lista de beneficiados) que al ver nuestras caras preguntó lo que pasaba. Le comentamos la situación, ella se enfureció aún más que nosotros, pues se dedicaba a cubrir las sesiones maratónicas de la Cámara de Diputados y constantemente salía de madrugada. Los tres acordamos no decir nada a nadie hasta hablar con el jefe de redacción.

Pero el lunes siguiente ardió Troya. Hacia las once de la mañana el director bajó con el ceño fruncido, las canas erizadas y humo en la nariz. Preguntó por Gilberto, ordenó que subiera a verlo en cuanto llegara, y se fue, seco, sin saludar ni esbozar una sonrisa. Más tarde, cuando Gilberto bajó estaba amarillo ¿o verde?, no sabía a quien lanzar su fuego.

La ex compañera acudió a trabajar el fin de semana y, por una de las casualidades de la vida, también al director se le había ocurrido ir. Lo primero que ella le dijo en cuanto lo vio fue: "Renward, ¿cómo es posible que permitas esta injusticia?" El director se quedó frío, aseguró que, por supuesto, él no había autorizado algo semejante y que, por supuesto, se encargaría de arreglarlo. Gilberto sacó lo guerrero de la sangre y arremetió contra todos a puerta cerrada.

Renward había pedido la cabeza de la persona de administración que autorizó los pagos. Luego, la gerente administrativa (procedente de Gobernación), amenazó con irse si despedían a su subordinada. El lío se hacía más grande cada vez.

Quizás este episodio particularmente incómodo pareciera irrelevante, pero lo incluyo porque vino a

definir lo que en adelante sería mi relación con la revista. La redacción, que en otro tiempo sonreía como castañuela, se volvió tensa permanentemente. Se dio una división a muerte entre los incluidos en la lista -que obviamente no recibieron el pago de aquellas horas extras- y los que no estaban incluidos. Más aún, contra quienes los habían desenmascarado.

Las preferencias se acentuaron en la asignación de los eventos, en el espacio que se destinaba a cada nota. Gilberto canceló la columna de rock, nunca volvió a haber aumento de salarios. El asunto estaba perdido. No tardaría mucho en estallar. Busqué nadar en otras aguas y así surgieron las colaboraciones, primero con la entonces corresponsal de la agencia *Knight Reader*, de Washington, y poco más tarde con el periódico *El Norte*, casos que detallo más adelante.

En ese ambiente de tensión, la excesiva libertad de *Tiempo* se había convertido en soledad. En el aspecto profesional difícilmente podía crecer, no sólo por esa tensión que imperaba, sino porque nadie tenía experiencia en el oficio. Llegó el momento de los cuestionamientos personales y al propio medio.

Si bien *Tiempo* no fue mi primer contacto con los medios de comunicación, representó para mí el inicio formal en este oficio lleno de contrastes y como tal lo considero valioso. Pero creo que lo más importante fue autoaprender un periodismo con estilo libre, sin iconos que copiar ni que romper. Los géneros que ensayé siempre fueron ambiguos. Sin alcanzar el rango del reportaje, los textos eran una mezcla de entrevistas, notas informativas, alguna apreciación personal, datos históricos. Un arma de doble filo, pues había mucha libertad, pero de repente excesiva, pues las observaciones que me hacían rara vez eran de fondo, lo cual necesariamente me hizo pensar que requería más rigor, necesitaba que mis textos fueran revisados por alguien con oficio, de quien también pudiera aprender.

La hija perdida de Gobernación

Por lo que respecta a la situación general de la revista *Tiempo* ignoro si algún día sabremos la verdad. Era como la hija perdida de Gobernación: esta Secretaría la alimentaba, le tenía cierto cuidado, pero nunca la reconoció en sociedad. Ni siquiera en la edición especial del 50 aniversario, donde se hacía un recuento de su historia, se menciona que en la década de los 80 la madre tuvo que pagar una fuerte deuda -que sus malos directores habían dejado- para poder adoptarla.

Durante el ejercicio diario, no había un reportero de *Tiempo* que cubriera Gobernación ni la Presidencia; difícilmente se autorizaba un viaje, nunca al extranjero.

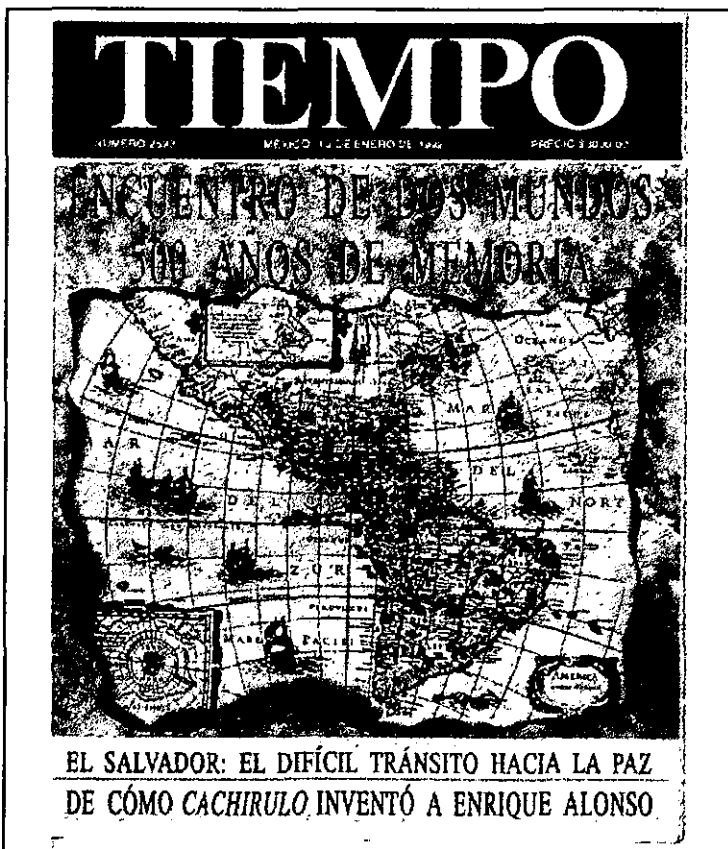
La publicidad no tenía la fuerza que podía al tratarse de un medio de la Segob. Era la única sociedad anónima de capital variable subsidiada por una secretaria de Estado que yo haya conocido. Ante la ambigüedad de su condición, los rumores corrían: que era un excelente medio para justificar grandes desvíos de fondos, que querían prepararla para que fuera un producto rentable y se pudiera integrar al paquete de medios de comunicación del Estado que se estaba rematando; que el apoyo respondía a un compromiso político con no sé quién...

Dicha ambigüedad se reflejaba también en la redacción, en la integración de los reporteros y en la línea del semanario. A la distancia, y al repasar su historia en general, veo que ese apoyo solamente fue una pirotecnia que duró poco más de dos años.

Justo en el momento en que la publicación comenzaba a ganar cierto espacio, cuando ya no sucedía que nos preguntaran si éramos de *Tiempo Libre*, cuando encontramos un tono propio -que nada tenía que ver con el estilo de aquel *Tiempo* que quedó para siempre perdido en los ayerés;

cuando cada vez conseguíamos más exclusivas y teníamos más logros en general, comenzaron los conflictos internos y nos liquidaron a todos. Renunciamos forzosamente a rescatar aquel *Tiempo* perdido, y *Tiempo* renunció a lo poco o mucho que había logrado.

No obstante, sus estertores duraron sorprendentemente cinco años más, aunque pasó de ser una publicación semanal a mensual, producida sólo por el jefe de redacción y su secretaria. En diciembre de 1997, de manera silenciosa, casi subrepticia, cerró definitivamente.



1.2 REPORTERA DE INDIAS

Ante la crítica situación que vivía en la redacción de *Tiempo*, varias fueron mis andanzas en busca de nuevas perspectivas. Relataré sólo dos de ellas en el presente capítulo por tener una característica en común: en las dos padecí mi candidez profesional.

Los dos episodios comenzaron cuando distribuí mi currículum a través de un amigo corresponsal. En la primera ocasión recibí una llamada de la corresponsal de la agencia *Knight Reader*, de Washington. Me preguntó si me interesaría colaborar con ella, fui a su casa, desde la primera cita me encargó hacer una entrevista, y ante mi entusiasmo me ordenó dos o tres más. Estuve con ella el tiempo suficiente para darme cuenta de que me necesitaba como bracara del periodismo, de este lado del río Bravo. Realizaba algunas entrevistas, las vaciaba, y ella las publicaba o como parte de sus

reportajes. Como era de esperarse, mi entusiasmo decayó y poco a poco empecé a alejarme.

Otra de las llamadas fue de una mujer con acento definitivamente inglés gringo. Me dijo que estaba interesada en mi currículum, pero que prefería que habláramos en su oficina. Acudí a la dirección, un altísimo edificio en Paseo de la Reforma. Cuando llegué al lugar indicado, ¡vaya sorpresa! Se trataba de *Los Angeles Times*. La corresponsal en jefe de la oficina de México, muy cortés, comenzó a entrevistarme.

- ¿Qué experiencia tienes?, ¿qué es lo que haces en la revista?, ¿traes algo de lo que has publicado?, ¿qué tan enterada estás de los asuntos internacionales?, ¿y de la relación México-Estados Unidos?, ¿estás disponible todo el día?, ¿soltera o casada? Cuando me preguntó si hablo inglés le contesté en inglés que me parecía conveniente continuar en ese idioma, de modo que ella podría decidir por sí misma. Estuvo de acuerdo y siguió.

- ¿Cómo fue que entraste a la revista? ¿Cómo llegaste a la oficina de corresponsales extranjeros? Háblame de tu experiencia en radio. Le respondí, y luego ella regresó nuevamente al español.

- Me parece que no hay problema. Tu trabajo será de asistente de redacción; es decir, auxiliarme en todo lo que yo te indique. De repente tomar algunas llamadas desde Los Angeles, recibir o pedir información; ya más adelante veremos la posibilidad de que también escribas.

Sus palabras, su tono, su actitud, indicaban que me estaba dando el puesto en ese momento. Me habló del salario (a alguien que no se va a contratar no se le habla de dinero, supongo). No era el gran salario, sólo un poco más de lo que yo ganaba en *Tiempo*, pero en american dollars, y tomando en cuenta la situación monetaria de nuestro país desde que tengo conciencia... Pero, aún así, no era cuestión de dinero, sino del medio, que era muy prometedor, además irme de la revista se había convertido ya en una necesidad.

Con mi currículum y material publicado en sus manos, me aseguró que me llamaría en dos o tres días sólo para indicarme la fecha en que comenzaba. Sigo esperando la llamada. Yo marqué una semana después, pero nunca la encontré. Las alitas de ese puesto emprendieron el vuelo. Después me dijeron que se había ido de México. Pasados unos días recibí una atentísima carta, escrita en inglés, en donde se me daba las gracias por haberme presentado, pero, desafortunadamente, el puesto había sido ocupado. Sospecho que nunca sabré con certeza lo que sucedió.

*Lo de menos
es que sea
el cuarto poder*

*Lo que importa
Es poder
En el cuarto*

Efraín Huerta

II. *B*REVE *A*NDANZA
*E*NTRE *P*OLÍTICA Y
*C*ULTURA

(1991-1993)

EL NORTE Y EL NACIONAL

Los apartados del presente capítulo corresponden a mis colaboraciones en la sección cultural de *El Norte*, de Monterrey y en el suplemento *Política* de *El Nacional*. El orden en que expongo estas dos modestas andanzas no coincide con su desarrollo cronológico debido a que hubo un enlace directo entre la sección cultural de *El Norte* (anterior a los trabajos para el suplemento de *El Nacional*) con el proyecto de *Reforma* -narrado en el siguiente capítulo-, y quise hilarlos de esa manera. Sin embargo, relaciono las dos experiencias porque hubo un momento, un periodo de un año (1992-1993), en que coincidieron y los dos casos fueron colaboraciones externas; a la fecha, uno de mis años más libres y más felices en lo profesional.

2.1 EL NACIONAL: VOLVER A EMPEZAR

Siempre consideré el trabajo en la sección de internacionales de *Tiempo* como una etapa, como una buena oportunidad para comenzar; pero en medio de la limitación de los medios escritos sabía que era necesario continuar mi preparación en otras áreas. *Tiempo* ya dejaba ver su futuro desmoronamiento, así que durante el periodo previo, en la búsqueda, me refugié en el suplemento Política de *El Nacional*, que era en realidad una mezcla de política y cultura.

Anteriormente fueron pocas las ocasiones en que incursioné en política local, tema sobre el cual sigo entendiendo poco, de modo que nuevamente comencé de cero. Llegué al suplemento a cargo de Sabás Huesca, bajo la dirección general de Pablo Hiriart. El editor Carlos de León me lanzó al ruedo.

Me pidió entrevistar a Jesús González Schmal, después Oficial Mayor del gobierno del Distrito Federal. Hacia febrero de 1993 era reciente la salida del Partido Acción Nacional de varios de sus militantes, a quienes se denominaba "foristas" por haber integrado el llamado Foro Doctrinario Democrático, que estaría próximo a solicitar su registro oficial. Los "foristas" se describían como "demócrata cristianos". Hablaban de los signos graves de la decadencia del PAN, "un partido asaltado por pragmáticos en medio de un grupo de idealistas", decían.

Conseguir una entrevista puede ser muy fácil o muy difícil, según el medio y dependiendo de la situación en que se encuentre el entrevistado. (Lo más curioso es cuando alguien llama para pedir que se le entreviste). En este caso, los foristas buscaban "foro", así que el coahuilense me recibió sin ningún problema. Habló sobre las diferencias con el PAN, las propuestas de su ex futuro nuevo partido y sus estrategias. Recuerdo haber escrito aquella entrevista con suspicacia, ante el carácter endeble y la sencillez que pareció mostrar González Schmal, que contrastaba absolutamente con la garra de otros políticos. Más tarde siguieron Jorge González Torres, del Partido Verde Ecologista; Alejandro Encinas, del PRD; Pablo Emilio Madero, del FDD...

Como el carácter del suplemento de *El Nacional* oscilaba entre la política y la cultura, también entrevisté a personajes como Adolfo Sánchez Vázquez, Alfonso Cuarón, Daniel Jiménez Cacho, entre otros.

Pero estas colaboraciones dieron un giro cuando Jorge Fernández Menéndez asumió la dirección del suplemento. Primero me envió a hacer un reportaje a Nayarit, donde habría elecciones. Una de las encomiendas fue entrevistar al candidato del PRI, luego gobernador, Rigoberto Ochoa Zaragoza, quien tenía como estrategia de campaña recorrer -los fines de semana- los sitios más apartados (en avioneta, claro), así que tuve que seguirlo por unos cinco municipios para finalmente hablar con él. Durante el recorrido me di cuenta que más importante que la entrevista era hablar de esas montañas sedientas, de nuestra identidad cultural huichola hambrienta,

asediada por la (in) justicia, de los niños mal alimentados y, aún así, vestidos todos con sus mejores galas coloridas para recibir al candidato priísta. Después de este reportaje, Jorge Fernández me asignó sólo asuntos electorales.

También seguí las elecciones en Coahuila, donde mi proceso de trabajo fue similar al realizado en Nayarit, y más tarde en el Estado de México, aunque en este caso podría decir que realicé el primero de mis reportajes. Esta fue la última colaboración para *Política*, pues dos días después de entregarlo comencé a trabajar en el proyecto de *Reforma*, que exigía exclusividad.

2.2 EL NORTE: UN MOMENTO CUYUNTURAL

Vivía un Beirut dentro de la redacción de *Tiempo*. En medio de esa tensa calma caería una bomba en cualquier momento. Yo buscaba una trinchera, distintos aires, pero los espacios eran (siguen siendo) limitados, sobre todo para una novel reportera de indias. Decidí mirar hacia afuera. Luego de explorar durante varios días la prensa nacional, me pareció que el periódico *El Norte* de Monterrey era un medio interesante, debido a su fuerte presencia en aquel estado del país. Llamé por teléfono a la editora de cultura, Rosa María Villarreal, ya que sección me llamaba particularmente la atención hacia tiempo. Le dije que tenía una entrevista con Andrés de Luna, crítico de cine, gastronomía, y sabedor de varias cositas, quien acababa de publicar el libro *Erótica. La otra orilla del deseo*, la conversación versaba sobre distintos aspectos de la sensualidad.

Le pregunté si le interesaba. Ella sólo prometió que la leería, pero no sabía cuándo; yo le tendría que mandar dos cuartillas y veríamos. Le mandé cinco. Dos días más tarde le llamé. Había leído la entrevista y le había gustado. De pronto se le ocurrió que podía llenar una página sobre el tema con mi trabajo y un texto que lo complementara: me pidió que le mandara dos cuartillas más. Le envié la entrevista completa, de diez cuartillas, bajo el criterio de que la podía editar para ajustar al espacio. Sin embargo la publicó completa, en una sección llamada *Encuentro con el Arte*. La editora me invitó a seguir colaborando con ella, sin conocerme. En lo subsecuente, yo haría propuestas y ella las revisaría o las modificaría.

My self with no one

La primera de mis propuestas fue entrevistar al historiador Enrique Krauze, quien recién había publicado su libro *Textos heréticos*, donde reflexionaba sobre la democracia, el clero católico, el centralismo de México, el Partido Revolucionario Institucional; incluía también, entre aquéllos documentos impíos, una arremetida contra Carlos Fuentes "donde el autor, con malevolencia, intentó manchar el aura inmaculada del autor de *Aura*".

Mi propuesta fue aceptada, con algunas indicaciones: a la editora le interesaba que Krauze hablara, sobre todo, de Carlos Fuentes; le parecía que esas fricciones entre los intelectuales eran vendibles, así que la entrevista debía versar exclusivamente sobre el tema.

Marqué a *Vuelta*, dejé el recado con la solicitud de entrevista. Dos horas después sonó el teléfono. Era Enrique Krauze. Por el auricular, su imponente voz me preguntó de qué se trataba el asunto. Quería saber mi nombre, el medio de donde llamaba, el tema. Cuando estuvo conforme con las respuestas me indicó terminantemente, sin posibilidad de concesiones: "mañana, a las once, en *Vuelta*".

En ese momento ya eran las cinco de la tarde y yo aún tenía asuntos pendientes en *Tiempo*, de modo que tuve un rango muy breve para preparar la entrevista. Llegué diez minutos antes de la cita, repasé las preguntas que había preparado, me encontraba algo nerviosa. Krauze llegó con su desdén hacia las once veinte, me hizo pasar y sentarme frente a él con fría cordialidad.

Hasta entonces, mis entrevistados siempre me habían dado la oportunidad de intervenir; no así en este caso. En cuanto el historiador vio mi libreta me preguntó con el ceño fruncido.

- *¿Qué es eso?*

- *El cuestionario que preparé*, respondí. Extendió su largo brazo hacia mí pequeño ser y dijo:

- *"Déjeme ver"*.

Me aterró. Todo entrevistador sabe que un cuestionario es la base, el guión de la entrevista; que, según la respuesta, es posible brincarse la pregunta que seguía y continuar con otra, o en dado caso agregar alguna nueva, para lo cual se valoran las palabras anteriores, el tono de voz, la actitud, si hay una sonrisa, una mirada o un ceño fruncido, si el entrevistado tiene prisa o tiempo, si lo que responde está siendo útil o comienza a extraviarse en la vanidad, en cuyo caso hay que regresarlo a tierra de la mejor manera.

Le di la libreta. Quizá en otras circunstancias, si la hubiera preparado con más tiempo, no me habría importado. Ya en otras ocasiones había prescindido de cuestionarios si manejaba bien el tema (además, siempre trataba de hacerlo para no quitar la atención de los ojos y actitudes del entrevistado); pero, dadas las circunstancias, en ese momento me sentí desarmada.

Krauze leyó las preguntas, me regresó los apuntes, se dirigió no a mí, sino a la grabadora, y comenzó a hablar. Admirablemente, iba respondiendo una a una las preguntas, de manera amplia y con declaraciones que cumplieran satisfactoriamente mi curiosidad y los requerimientos de la editora. Como en su ensayo publicado en 1990 (el cual dio origen al pleito con los integrantes de los grupos Nexos y Vuelta, debido a la exclusión de estos últimos en el Coloquio de Invierno, en 1991), durante la entrevista el historiador se exorcizaba de las "trampas verbales de Fuentes, la prisa e imprecisión de sus juicios"; lo acusaba de distorsionar el tema de México frente al público norteamericano, de tener en su origen un vacío de historia personal e identidad que compensó siempre con el cine y la literatura, de haber escrito en inglés -sin traducción al español- su autobiografía.

En el contexto, esta exhaustiva crítica sobre la vida y obra del literato, que ahora había reeditado en un libro, fue una especie de secuela de la indignación del grupo encabezado por Octavio Paz por la exclusión. Así lo admitió Krauze.

Había transcurrido escasa media hora cuando terminó de hablar; luego me proporcionó una copia de la autobiografía, de Carlos Fuentes, *My self with others*. Aunque durante todo ese tiempo me sentí incómoda porque mi participación fue realmente escasa, al tenerla en mis manos comencé a pensar en términos editoriales. Me di cuenta que mi objetivo se había cumplido. Los elementos: el ensayo de Krauze, los antecedentes de la confrontación, la entrevista misma, las fotos y la biografía. Suficiente. Apenas repuse algún comentario y le dije "muchas gracias".

Esta entrevista fue importante no sólo por la experiencia que implicó el encuentro con el historiador, sino también porque me aseguró un espacio en *El Norte*. Por otra parte, logré colarme en aquéllas páginas debido a un momento coyuntural: *El Norte* tenía una corresponsalía en México, pero sólo cubría asuntos políticos, no había tiempo para la cultura.

Gracias a la combinación de esas circunstancias en ese momento, por algunos meses trabajé durante el día para *Tiempo* y me desvelé para *El Norte*.

Ladrón de imágenes

Otra de las conversaciones que publiqué en este diario fue con el fotógrafo Héctor García, quien hacia 1993 llegaba a su cumpleaños número 70, esta vez por encargo de la editora. Se trataba de una semblanza, género que me daba cierta seguridad ya que anteriormente, en *Tiempo*, comencé a practicarlo.

Realizar y escribir la entrevista me costó menos trabajo que localizar al fotógrafo. La conversación me resultó sencilla acaso porque no tenía la más remota idea de quién era el señor ni cuáles habían sido sus logros, entonces, ante su disposición y buen carácter me fue posible hacerle mil preguntas en un par de horas. De ese modo me enteré que en los últimos 50 años había sido una figura importante dentro del periodismo gráfico mexicano, que había navegado por todo el mundo robando imágenes para distintos medios, que había sido fotógrafo de estrellas de la "edad de oro" del cine mexicano, autor de tres libros, y que contaba con un archivo de más de un millón de imágenes.

La forma es fondo

Mis colaboraciones en *El Norte* se caracterizaron por ser, en su mayoría, entrevistas pregunta-respuesta. En aquéllos tiempos estaba obstinada con ese formato, que me parecía más ameno y claro que mandar la redacción a renglón seguido.

Con los años he cambiado de opinión. Actualmente considero que cada entrevista tiene sus particularidades, y que cada una impone su propia forma. Hay algunas que, por las características de la información, de las declaraciones, deben ser redactadas con un discurso expositivo, pero otras, en cambio, pierden mucho si no se les respeta el formato original, la frescura de pregunta y respuesta. Creo sin embargo que estas últimas son las menos, pues requieren de declaraciones verdaderamente atractivas y de un ritmo, una cadencia que se logra con mayor dificultad.

Al mirar nuevamente algunos de los trabajos que envié a *El Norte* me parecen evidentes los cambios

que he tenido. Mi redacción es distinta. En principio, si estuvieran nuevamente en mis manos, los sometería a una audaz corrección de estilo y quitaría detalles que ahora me parecen irrelevantes.

Continué colaborando en *El Norte* hasta agosto de 1993, cuando recibí una llamada importante. Era Rosy Villarreal, estaba en México y me hablaba para invitarme a colaborar con ella en el proyecto de un nuevo periódico.

*Los periódicos son
incapaces de discernir entre un
accidente de bicicleta y el
colapso de la civilización.*

Bernard Shaw

3.1 SOLDADOS DE LA LIBERTAD

Ser parte del proyecto de *Reforma* fue una gran experiencia. Comenzando por la investigación casi policiaca a la que someten a todo aquel que es reclutado, así como por los extensísimos exámenes médico y psicométrico, y varios de conocimientos y aptitudes -de los cuales me libré gracias a mi antecedente en *El Norte*- por los que todos pasaban, la mayoría sin fortuna.

Quizá todas esas etapas debieran ser el procedimiento normal. Así es en Monterrey, al estilo norteamericano; pero en México en esos años las cosas se solían manejar de diferente manera. De entrada, ese choque se asumía como si se tratara de la aventura más ardua a emprender. Lo fue en su momento para mí: el reto de adentrarse en la sección cultural de un diario que antes de ser un medio informativo es una empresa con garra, donde la información, antes que ser un derecho, una forma de libertad, es una mercancía. Donde los que producen esa información son abejas obreras con casco de "Soldados de la Libertad", siempre en busca de la nota a lo Water Gate. Pero la cultura no es negocio, así que, con el paso de los días, las semanas y los meses era posible darse cuenta que la tarea resultaba cada vez más complicada, aún trabajando en arduas jornadas de sol a foco.

En Monterrey, *El Norte* se caracteriza por ser un medio de comunicación, más allá de un medio informativo. Por ejemplo, en muchos casos los ciudadanos

llaman a *El norte* antes que a la policía. Cuando una celebridad llega a la ciudad sabe que tiene que visitar las instalaciones del diario y ahí dar la entrevista, de ese modo su visita adquiere mayor relevancia.

En México, con la misma expectativa, los empresarios regiomontanos habían invertido mucho dinero. Gente de Monterrey se había mudado para echar a andar el que se anunciaba como el futuro mejor diario de la ciudad de México, con las firmas más reconocidas del gremio, elegantes páginas en selección de color tamaño estandar, a la vanguardia en diseño, en tecnología. Pero además de los millones, estaba en juego el prestigio de *El Norte* -número uno en aquella región del país-, de la agencia *Infosel*, de los inversionistas... teníamos que responder.

El año de 1993 fue convulsivo. Fue el prelude de las elecciones de 1994, donde por primera vez se dudaba de una victoria del PRI en la presidencia. Ya se había dado una reforma electoral en el Congreso de la Unión y se encontraba en la silla el primer gobernador de oposición. En ese contexto, *Reforma* era la esperanza de iluminar los grises medios de comunicación, de imponer una competencia entre los que hasta entonces eran los diarios más importantes y anacrónicos de México.

Nació recién aprobado el *fast track* para la aprobación del Tratado de Libre Comercio, y acaso en ese marco comercial estaban fincadas sus expectativas de éxito. Don Junco de la Vega estaba dispuesto a comprar (a lo Ciudadano Kane) las firmas de mayor prestigio en México y combinarlas con la inocencia y las ganas de los reporteros recién egresados de la UNAM.

En las reuniones, el discurso era que debíamos tomar en cuenta que se nos seleccionó entre decenas de candidatos. Debíamos conseguir (no valía sólo intentarlo) siempre la nota exclusiva, la entrevista que nadie había logrado, o en todo caso, la declaración o el dato que nadie tenía; explicar la información en pocos caracteres y en el estilo de *El Norte* (i), dar

al periódico buena imagen en el comportamiento (no aceptar ni una coca en abril a medio día) y en el aspecto personal (nunca usar *jeans*, minifaldas, mallas, escotes), además de obtener la información y los gráficos como fuera posible.

El diario defendería la democracia que faltaba en México en la guerra contra la impunidad, contra la información oculta, contra el silencio; logrando siempre el mejor trabajo. Los reporteros seríamos entonces "soldados de la libertad".

Un mes antes de salir a circulación comenzaron las ediciones formales y la impresión de pruebas. Durante esos días vivimos el desastre del proceso de organización, pero también la locura y emoción de algo que comienza. Se medían tiempos, espacios, caracteres. Se perfeccionaba el diseño, el sistema de envío de notas por la red. Acudíamos a las conferencias de prensa, a las entrevistas. Nos acreditábamos en los eventos; comenzábamos a hacer presencia en el medio.

Y la cuenta regresiva dio inicio: una a una vimos volar las hojas del calendario que preludiaban el gran día. Durante las primeras horas del 20 de noviembre de 1993 todos los que conformábamos el equipo esperamos en la rotativa el ejemplar número uno. Una emoción espectacular. Reporteros y editores brindamos con el director y los columnistas que, desde ese día, formaron parte de la casa editorial. A las tres de la mañana -mientras veíamos un documental con nuestras fotos y escuchábamos de fondo una cancioncita que hablaba de los "soldados de la libertad", que lucharían valientemente en la batalla por la información-, alzamos el jugo de manzana ante la promesa del diario que daba luz a su primera edición.

El proyecto había cristalizado. Teníamos en la ciudad de México un nuevo medio que picaría la cresta a los viejos periódicos, y aún a los tabloides, al publicar información tradicionalmente prohibida, o tradicionalmente oculta por diversos vicios e intereses. Un medio que pretendía ser, además de una buena empresa, un excelente proyecto editorial. Un



medio cuyo principal producto era la información, la investigación, y no los oscuros intereses. Un medio que contribuiría al proceso de democratización en el país. Un medio que secaría al sol las páginas del periodismo virado a sepia por el tiempo.

Este nuevo medio llegaba de frente, con la espada desenvainada y alzando la bandera de la libertad de expresión un 20 de noviembre, fecha sagrada en el calendario cívico. Se presentaba con la arrogancia de ser el único diario que circularía en contra de las costumbres que por décadas había establecido el gremio. Si todos guardaban culto a la gastada Revolución con asueto, nosotros trabajaríamos. Ese día ganaríamos todas las notas a los demás periódicos, y con ello quedaría claro que no se pensaba dar tregua en la batalla por el derecho de expresarse.

El privilegio de la información

A lo largo de estos capítulos he seleccionado algunas experiencias, no por su relevancia periodística para el lector, o por la importancia de sus personajes, sino por lo que he aprendido, o la satisfacción que me ha dejado cada una de ellas, además del azar.

En el caso de *Reforma* podría dividir estas experiencias principalmente en dos géneros: la nota informativa y la entrevista, ya que la dinámica del diario difícilmente me permitió desarrollar algún trabajo más elaborado. Sin embargo, más allá de lo que cada una de ellas representaba, comencé a entender un poco del significado de su *slogan* -que siempre me pareció presuntuoso- que hablaba del "privilegio de la información", si bien con sus limitantes.

Un ejemplo sucedió en marzo de 1994, con el asesinato de Luis Donaldo Colosio. Dentro de la redacción, tiempo antes de que se hiciera público el atentado, nos enteramos que había fallecido. Todos los reporteros, sin importar sección, comenzamos a trabajar de inmediato -coordinados por Raymundo Rivapalacio- sobre las consecuencias del hecho, mientras en la radio escuchábamos que apenas se hablaba del lamentable suceso.

Pocos días más tarde, el nuevo candidato a la Presidencia comía con escritores, pintores y diversas personalidades del medio cultural para plantear su "programa". Los intelectuales y artistas invitados eran selectos y ningún medio estaba enterado, salvo *Reforma*. Acudí con el fotógrafo y una reportera de nacionales a casa de José Luis Cuevas, donde se celebraba el acto. Ella tenía la misión de entrevistar a Ernesto Zedillo, y yo, a todos los involucrados con la cultura. Aunque acceder al lugar no fue sencillo, pues no teníamos invitación, fue más difícil aún abordar -sola- a todos los presentes, o cuando menos los más importantes. De alguna manera recopilé unas 15 entrevistas y *Reforma* fue el único diario que publicó la nota.

Ya en otro terreno, uno de los privilegios que recuerdo con más emoción llegó sin buscarlo. El antropólogo Eduardo Matos Moctezuma dio a conocer, en conferencia de prensa, los hallazgos más recientes de la cultura mexicana, hacia octubre de 1994. Se trataba de un entierro dividido en tres vasijas y dos esculturas de Mictlantecutli, el dios de la muerte, y más de 30 metros de banquetas policromadas en el recinto de los guerreros águila, al extremo norte del Templo Mayor.

Ver los objetos en museo, restaurados y en vitrinas con iluminación es muy distinto a sentir la fuerza de su presencia recién descubiertos, en oscuro subterráneo, semiextraídos, contemplados por primera vez después de cinco siglos y en su estado original.

Pero, en todos los casos, en todas las notas, aún estando en las circunstancias noticiosas y con los personajes más relevantes, siempre los reporteros manejamos más información de la que publicamos, ya sea por falta de espacio, por diferentes circunstancias o intereses.

Tan estridentista como siempre

Aunque *Reforma* me contrató como "reportera con experiencia", en realidad mi única experiencia era el periodo que pasé en el semanario *Tiempo*, en internacionales, y la breve andanza entre política y cultura en *El Nacional* y *El Norte*. Es decir, no tenía experiencia como reportera de nota diaria ni tampoco en la sección cultural. Antes escribía un texto o dos a la semana, e incluso podía tardarme más tiempo según el tema, así que los primeros días, los primeros meses, representaron para mí una intensa labor de adaptación ante los nuevos ritmos y la nueva presión por parte de los editores, que no era propiamente sutil.

Sentía tal presión, que durante los tres días que duró mi primer encargo, un encuentro de fotografía en Jalapa, no dormí. Todo el discurso giraba en torno a una competencia que se debía ganar, sobre todo yo, que supuestamente tenía experiencia. Con tal antecedente, dediqué mis nervios y mi insomnio a tomar fotografías y a obtener información por toda la ciudad (con la paranoia que me imponía la reportera de *La Jornada*), adelantándome siempre y sin compartir con los demás ni una comida.

Claro, mis experiencias en *Reforma* fueron más que nervios. Al regresar de la "estridentópolis", pensé que sería lindo explorar el casi olvidado estridentismo y entrevistar al último representante vivo de ese movimiento literario, quien próximamente cumpliría 96 años: Germán List Arzubide.

Recuerdo esa entrevista como una de las más agradables que he tenido, donde se conjuntaron una buena disposición, un fotógrafo (en *Reforma* el reportero es responsable de las imágenes), la calma de una tarde de sol entre los árboles y un interesante tema de conversación. Durante dos horas el poeta se dedicó a relatarme sus memorias y yo a preguntar y a escuchar sus anécdotas, sus ingresos heroicos a prisión, las aportaciones del estridentismo y los estridentistas a la literatura. De pronto, el fotógrafo se tenía que retirar y List Arzubide pareció extrañado:

- *¿Es su novio?*, preguntó frunciendo el ceño.
- No, es el fotógrafo, contesté con curiosidad.
- *¿Entonces por qué la besó?*
- Se despidió.
- *Cuando usted se despidiera también a mí me tendrá que dar un beso*, repuso, y soltó la carcajada.



Es más bien un señor triste

Siempre es agradable sentir que el personaje otorga importancia a la entrevista: al pedir que no se le interrumpa, al procurar silencio; pero sobre todo, al brindar información. El encuentro con Gunter Gerzo ocurrió en su casa de San Angel, a propósito de la retrospectiva que se presentaría en el Museo Carrillo Gil.

El pintor se mostraba accesible a cada pregunta, inspiraba confianza; sin embargo, había en él algo de lejanía, algo de frialdad. Poco a poco los detalles tuvieron explicación: comenzó a narrar su azarosa incursión en la pintura (antes era escenógrafo de cine), luego pasó a Freud, a su encuentro con varios psiquiatras, a sus periodos de encierro en clínicas, a su delirio de persecución, a sus temores y a su melancolía; toda una revelación. Dijo que era más bien un señor triste, filosófico, a pesar de que el erotismo y otros elementos estaban presentes en su obra. Y la plática se logró entibiar, a partir de ahí se volvió más cordial, más cercana, más abierta.

Los desplantes de Pablo Molinet

Un aspecto de este oficio que no he mencionado es la rivalidad entre los colegas, incluso dentro de la misma redacción. No quiero acordarme de la vez que le comenté a un compañero mi inquietud por entrevistar a Francisco Toledo: tres días después, él tenía la autorización y los viáticos para embarcarse a Oaxaca a entrevistar al pintor juchiteco. Mejor hablaré de la entrevista con Pablo Molinet.

La conseguí después de estar pegada unas ocho horas al teléfono, desde el instante en que -una mañana de agosto de 1994- me enteré que en cualquier momento saldría de la prisión de Guanajuato, hasta que llegó a su casa de Coyoacán.

Una compañera -tosuda, y acostumbrada a llevarse ciertas notas- insistía en ser ella quien lo entrevistara. En principio el tema me interesó; pero con el transcurrir de las horas se volvió cuestión de orgullo. Ella se dirigió primero a la editora, quien le dijo que yo me haría cargo. Aún así, lo buscó por su parte. Pero yo le llevaba dos horas de ventaja, y al no tener resultados, me habló.

¿Por qué no hacía yo la nota informativa sobre los antecedentes que lo llevaron a prisión, y sobre su salida? Ella se encargaría de la entrevista (alguna de las dos no iba a comer por estar pendiente del teléfono). En mi adentro, evoqué el principio zapatista que indica "la nota es de quien la trabaja", y le dije: "Ya la tengo. Solamente me van a confirmar hora y dirección", cuando ni siquiera la familia sabía si el presunto escritor tendría humor o fuerzas de dar alguna entrevista.

Finalmente, a las 7 de la noche, me llamaron de su casa. Recién había llegado, muy cansado. Solamente me daría la entrevista a mí -por ser de *Reforma*- al día siguiente, a las diez de la mañana. Había librado la primera valla, aunque lo comenté con la editora cuando la excompañera ya se había ido.

Ignoro si Pablo Molinet es escritor. Ignoro si es culpable o inocente del asesinato que se le imputó. Lo que sé es que durante toda la entrevista se mostró arrogante, despectivo, como estrella encumbrada, como si se le hubiera obligado a hablar; como si tuviera frente a un judicial. Respondía con desagrado la mayor parte de las veces, con frases escuetas, tajantes, y concluía que no le interesaba nada que no tuviera que ver con palabras, puntos y comas. Daba una entrevista, pero no quería hablar, así que el encuentro no duró mucho, unos 20 minutos; más tiempo habría sido un exceso.

El *sub* Marcos, doctor *honoris causa*

Mi última nota publicada en *Reforma* fue la más corta y una de las que logré con mayor facilidad. Hacía unos días que habían revelado la identidad del *subcomandante Marcos*, su *currículum* académico, su trayectoria. La UNAM era una de mis "fuentes informativas", y en una de las visitas alguien me comentó que un representante del sindicato STUNAM quería proponer al *sub* como doctor *honoris causa*, ya que, de ser cierta su identidad y la trayectoria que se había difundido en todos los medios, se trataba de una eminencia académica. Me pareció que había nota. Busqué al representante sindical, lo encontré y me confirmó la iniciativa. Al día siguiente había una asamblea en donde plantearían la propuesta. En sólo dos párrafos expuse la situación.



Ese día, por la mañana, al abrir la información de las agencias, me sorprendió que en muchas notas cabeceaban "El subcomandante Marcos, doctor honoris causa", y referían la nota de *Reforma*. Me enteré minutos más tarde que le habían dado importancia en la junta editorial y querían el desenlace. Salí inmediatamente rumbo a la Ciudad Universitaria. El auditorio Ché Guevara estaba repleto: cámaras de todas las televisoras, radio, prensa escrita, corresponsales estaban interesados en aquella sesión más que ordinaria del sindicato. La reunión se prolongó un par de horas, y, finalmente, el representante sindical se retractó. Dijo que el Consejo había decidido que la propuesta no era muy prudente, en vista de la duda sobre la identidad de Rafael Guillén Vicente. Se continuó con el orden del día, desmontaron cámaras y micrófonos, y todos salimos decepcionados.

LA REPUBLICA DE LAS LETE

Por Humberto Musacchio

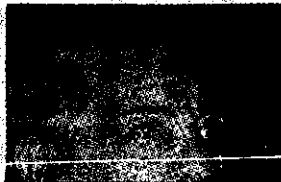
UN HOMBRE "JOVEN HASTA DONDE SE PUEDE"

En 1929, Germán Elías Arzubide se hallaba en Jalapa o Xalapa, Veracruz, como le llamaban a esa ciudad él y sus compañeros. Allí dirige el periódico *Horizonte*, que fue un órgano del movimiento. En el primer semestre de ese año estuvo en Veracruz el guerrillero nicaragüense Augusto César Sandino, quien entregó a Elías Arzubide una bandera estadounidense capturada en combate y la pidió entregara al Congreso Antimperialista de Francisco del Maín. Para llegar hasta allí, el periodista Germán tuvo que dirigirse a Nueva York, donde debía embarcarse, y se vio obligado a cruzar entre dos frentes con la bandera en su poder. En Francisco fue recibido como un héroe y compartió la presidencia del congreso con el escritor francés Henri Barbusse, el remero de Gándula y futuro jefe de Estado de la India Jawaharlal Nehru, el instaurador de la República China, Sun Yat Sen, y el japonés Sen Katayama, fundador del Partido Comunista Mexicano y para entonces dirigente de la Internacional Comunista. De Alemania marchó a la Unión Soviética y a su regreso a México continuó su militancia política e intelectual. Para vivir trabajó como maestro de secundaria y ocupó cargos públicos, pero nunca se entregó. Por eso, con toda justicia, pudo decir a Lucía Carrasco: "Yo soy joven hasta donde se puede".

productor, día tener los derechos. Otro caso: el mismo Barbuschano filmó algunas escenas memorables de Luis Procuna, metió las cámaras en la vida del autor y actuó con otros roles una exitosa película, *Tigro*, en la que Procuna es protagonista: actor y autor, pues en esta se su vida contada por él mismo mediante su propia actuación. La cinta resultó exitosa: se exhibió en cineclubes y en video, pero el propio Luis no recibió un centavo; pues Manuel Barbuschano tiene los derechos y se quien se embolsó todo lo que recaudó el filme. Procuna se jugó la vida muchas veces para llevar atención a la gente, para divertirla y sacarla por momentos de la rutina febril y gris. Los abogados de Procuna, apoyando en la ley, señalan que el ex director tiene derecho a recibir una buena parte de los ingresos que generó esa su película. El asunto está en los tribunales. Lo que es indubitablemente cierto es que eso habría de ser todo el derecho moral sobre el derecho que se obtiene de una película: que tenga lo que fue: un valioso que gozó y goza del placer de los teatros cada vez que se asocia a la plaza.

ciencia, en el Club de las Finas. Barbuschano era un gran actor. Muerto en 1983 se hizo un hijo, el actor Oyo. Este actor también fue de teatro, era un buen actor de ahí propuso con el teatro y garta Cansino, y Raynor, actor. Además del cine, también se inició de las salas que grupo de teatro. Lección Sarat, donde editó un más interesante de los estados. A total. Entre Ling, (fotografía de cámara) Dashiell Hamme, Frank Sinatra, y en una muestra de Walt Disney, que cultura de una gran muestra de la. Una muestra de la. Pasado cabaret, avenida Revue, desordenan hasta la calle México, el fotógrafo Habi, pero fue cerrado por. Los cálcul costo de la edifi, brevicio la qued

AGUILAR MORA DE NUEVO CONTRA
REGRAS



...La evolución histórica del Hombre-bestia es muy lenta... La gente del periódico siempre fue lo más bajo de la especie; los miserables que recogían las compresas de las mujeres en los retretes tenían más alma...sí, no hay duda...

Charles Bukowsky,
Nacimiento, vida y muerte de un periódico underground.



3.2 ABEJAS OBRERAS DE LA INFORMACION

"Cuando te encuentres a miles de personas cuerdas intentando salir de un lugar y a una pequeña pandilla de locos intentando entrar en ese lugar, sabrás que estos últimos son reporteros". Ciertamente, esta definición de Dietrich Knickerbocker (seudónimo de Washington Irving) describe de manera alegórica la profesión de periodista, que en su ejercicio diario no siempre es festiva.

Dice Eduardo Huchim que el periodista es un cazador que sale todos los días tras su presa, que es la nota. Aunque a principios de este siglo se llamaba "muckrakers" (rastrilladores) a los periodistas en Estados Unidos, actualmente son considerados en ese país como "perros guardianes de la democracia". (Tal vez por eso Federico Campbell otorga a Bob Woodward y Carl Berstein el nobiliario título de "jóvenes sabuesos"). En Europa, en cambio, han elevado el concepto del periodismo y los periodistas a rango más alto, al hablar los franceses de *le journalisme scientifique*. Sin

embargo, al margen de las enriquecedoras experiencias, en *Reforma* la dinámica del trabajo y la valoración por parte de los editores nos había convertido en una suerte de abejas obreras de la información.

Desde mi perspectiva se vivían tres realidades. Una en la calle, a la búsqueda de La Nota, de ganar la exclusiva a los colegas e incluso a los propios compañeros. Al encuentro con "gente importante" (o no tan importante, pero de la cual se aprendía todos los días), con obras artísticas, con la poesía, la música, el teatro; con espacios estéticos, novedades, hallazgos; con presuntos locos urbanos o presuntos asesinos.

Otra era la exigencia hacia mí misma. Mis limitaciones respecto al lenguaje, a la información; la lucha de todos los días por no parecer repetitiva que, ciertamente, no siempre ganaba. Las reflexiones éticas. El pleito diario contra el tiempo, contra el cierre de edición. La obligación moral de evitar caer en los ciclos: cada año feria del libro, cada año Cervantino, cada año feria en Zacatecas, cada año el día internacional de la danza; cada año tres libros de Taíbo y otros tantos de Poniatowska.

La tercera, la más cruel, se encontraba dentro de la redacción, en donde estábamos muy lejos de ser los anunciados "soldados de la libertad". No hablo de las primeras semanas, cuando todos los días la editora nos preguntaba cómo pensábamos llenar las ocho largas páginas de la sección, con fotos. Tampoco me refiero a la imposición de un estilo carente de estilo, ni a la jerarquización y designación irracional de las notas y espacios, sino a un elemento que considero primario para desarrollar cualquier trabajo: el aspecto humano.

Siempre me ha parecido contradictorio que un diario hable de democracia, de justicia, de "escuchar la voz de todas las partes involucradas en un asunto" y no aplique estos valores al interior, a los propios empleados. Eso éramos en *Reforma*, empleados: un número de alta en el IMSS, un seguro contra accidentes, un pavo. No seres que se presuponen pensantes, quienes construirían las bases de un periodismo renovado.

En el momento, en medio del fuego causado por las constantes frustraciones, atribuía el fenómeno a la ignorancia por parte de los editores y su falta de experiencia en la ciudad de México; a la carencia de planeación, a la ausencia de un proyecto editorial definido pero muy bien estructurado empresarialmente, e incluso a mi inexperiencia. A la distancia pienso en un asunto de estructura. En un asunto incluso de ¿debo hablar de democracia? La refracción de lo que históricamente ocurría en la ciudad, en el país: la concentración de poder en unos cuantos que los conducía al despotismo, a la discrecionalidad, a la intolerancia.

Y ese despotismo, esa intolerancia ante el equipo de jóvenes que comenzábamos a formarnos en el diarismo, que teníamos todo por aprender y habíamos demostrado que queríamos hacerlo, pero no teníamos de quién aprenderlo salvo de los trancazos diarios, propició un ambiente que mezclaba el humor negro, sarcástico, ridículo, y la violencia propia del filme *Pulp fiction* (Tiempos violentos), de Quentin Tarantino.

No creo que mi caso en *Reforma* haya sido particular. Estaba inmersa en una atmósfera en donde los reporteros vivíamos todos los días enfrentamientos armados con los editores, siempre había alguna razón, a grado tal que el equipo estuvo a un paso de dar un golpe de Estado.

En una reunión alguien dijo que el asunto no tenía remedio y propuso la renuncia colectiva. El sueño era llamar la atención del director -el único que podría hacer cambiar esas actitudes- y después de eso, nos tratarían como seres humanos, respetarían nuestro trabajo; tendríamos un final feliz. Todos estuvieron de acuerdo, menos yo. No creo en los finales felices.

Propuse lo que en su momento me pareció más sensato: hablar. Asintieron no muy convencidos. La editora aceptó la cita; pero llegó con un canto de guerra: estaba furiosa de ver su autoridad en entredicho. El desayuno fue un desastre. Cuestionó el trabajo de todos, nuestra disposición; a su

parecer todos éramos malos reporteros, incapaces de sorprenderla con un trabajo "que vendiera". Peor aún, después del incidente impuso la ley marcial, algo que difícilmente habría concebido para una sección de cultura.



El "error de diciembre"

La situación me pareció familiar. Pero esta vez estaba perdido no solamente en cuanto a la relación laboral. En lo profesional, al año de reportear todos los días, comencé a sentir fuerte el vacío que deja la nota diaria, el dato efímero. Entonces -como ahora- no sabía hacia dónde iba, pero no me sentía satisfecha ni tranquila, y ese es un primer síntoma.

Anhelaba los tiempos en que colaboraba sin ningún compromiso laboral con *El Norte*, en donde siempre respetaron mi trabajo y escucharon mis propuestas. Me resistía a ser llenaplanas, a pagar la ridícula cuota que exigían. Odiaba no tener tiempo para iniciativas personales, para dar cierto tratamiento a cada trabajo; ni quien pensara en reportajes. Me había cansado del periodismo desechable, autoritario, que incluso tenía un alto costo moral y personal. Además, algo me decía que no debía acatar instrucciones ilógicas.

José Carreño Carlón dijo una vez que "la prensa es una gran alcahueta, una correveydile de los inspectores,

de los protagonistas que los usufructan". Yo no estoy de acuerdo con ese concepto, que es visto desde una perspectiva institucional, priísta, conservadora. Es tan pobre pensar en el periodista correveydile... Creo haberme lanzado al periodismo en una búsqueda de algo distinto a eso, algo original, de una forma de libertad que me pudiera enriquecer como persona y como profesional. Nunca pensé en un pasatiempo fácil, vacío, de chisme, que no dejara espacio para la reflexión y, por supuesto, no me resignaré a ser correveydile.

Por otro lado, después del "error de diciembre" de 1994 la sección iba en declive. Las ocho páginas se convirtieron en cuatro, sin color y al interior de *Gente!* Seguíamos siendo diez reporteros con dos o tres notas diarias, sin contar a corresponsales y colaboradores. Pasábamos días enteros sin publicar, comenzamos a disputarnos los espacios, lo cual resultaba particularmente desagradable porque, a pesar de todo, con los compañeros construimos una amistad o, tal vez, una solidaridad.

Una entrevista se reducía frecuentemente de seis mil a tres o dos mil caracteres, una nota a mil 500. El ambiente se recrudeció. El ejercicio periodístico se volvió una prueba de sobrevivencia que culminó en febrero de 1995, fecha en que comenzó la nueva aventura en la Asamblea Legislativa.

Reforma me dejó muchos elementos valiosos: la posibilidad de explorar un género rico en matices, en relaciones humanas, como la entrevista de semblanza; la habilidad para conseguir información valiosa en poco tiempo; el acceso a la tecnología de punta del periodismo en el país; pero sobre todo, la relación con todo un equipo profesional, y aún más allá de lo profesional.

Y aunque no me parece que *Reforma* haya cambiado de manera contundente la forma de hacer periodismo en México, considero que estableció un nivel de calidad y exigencia que se había perdido, o que nunca hubo. Quizás su virtud no se deba medir por sus logros (ya que han sido más bien empresariales, y en eso no es distinto a cualquier otro diario en el

país), sino por su intención. *Reforma* intentó, y creo que lo ha logrado parcialmente, hacer las cosas de manera transparente y salir de los vicios que históricamente ha tenido el periodismo en México.

IV. ASAMBLEA

(1995-1997)

4.1 HOJEAR LAS PÁGINAS DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Por segunda ocasión me tocó participar en el nacimiento de un medio escrito. Sólo que esta vez era un mensuario que no estaba rodeado de firmas reconocidas, ni de ingenieros de tirantes y radio en mano; éramos la directora y yo. Ella recién había asumido como Secretaria Técnica del Comité de Asuntos Editoriales en la Asamblea de Representantes del Distrito Federal (ARDF), y su proyecto inmediato era la edición de una revista que había anunciado para marzo de 1995.

Me buscó los primeros días de febrero, en el punto más álgido dentro de la redacción de *Reforma*. Comenzamos a trabajar un domingo, en contra de las costumbres de la burocracia institucional. La primera sorpresa fue saber que ella se encargaba de todo el proceso: el cuidado del diseño, de la corrección y edición de textos; de la diagramación y hasta de buscar cotizaciones para la impresión. (Entonces comprendí por qué me habló).

**ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA**

El diseñador había presentado un *domi* lleno de adornos y plecas de colores por todas partes; había que medirlo. El reportero encargado de la crónica parlamentaria entregó un texto de 100 cuartillas, y después se fue; era necesario editar. Alguien más hizo un reportaje sobre seguridad pública que no era tal. No había fotos de portada, contraportada y forros; de ser necesario tenía que robarlas. La imprenta donde se tiraron los primeros ejemplares estaba en Puebla (!), tuvimos que ir para asegurarnos de la calidad del trabajo.

Después de resolver esos y otros pequeños incidentes finalmente salió el número uno de *Asamblea*. La revista se diferenciaba de otras publicaciones parlamentarias - la de la Cámara de Diputados, por ejemplo- por tener un formato más dinámico, no era sólo la transcripción del diario de los debates. En 48 páginas exponía los acontecimientos en las sesiones del pleno, los trabajos más relevantes en comisiones, las comparecencias, la ratificación de funcionarios públicos; presentaba, mediante el género de semblanza, a los integrantes de la Asamblea, representantes populares que la mayoría de ciudadanos no sabía que había elegido.

Se recurría a otros géneros periodísticos que, por increíble que parezca, le daban un carácter novedoso a una publicación de esta naturaleza. Además, por primera vez se había logrado el voto de los cinco partidos representados en el órgano legislativo. Esta última característica representaba, sin duda, una ventaja; pero también una exigencia en cuanto al equilibrio de la información.

Desde los primeros días comencé a saber sobre el trabajo legislativo, del procedimiento jurídico para la aprobación de las leyes, las negociaciones y fricciones previas; de los puntos de acuerdo entre los partidos, los pronunciamientos, el formato de las comparecencias de funcionarios, así como de las actividades de los asambleístas, de manera individual y en comisiones.

El presidente de Comité de Asuntos Editoriales, Francisco Dufour, era miembro del PAN, pero el presupuesto para la publicación, y por tanto su línea editorial, no procedían de un partido político, sino de la Asamblea en su

conjunto, así que se debería recoger los puntos de vista y la participación de los cinco partidos de manera objetiva y equilibrada. Ante mí se abría un caleidoscopio tan interesante como nuevo y complejo, en donde era posible conocer de cerca a los principales actores de la política de la ciudad y el origen de muchas decisiones.

PÁGINAS URBANAS

Aunque mi primera labor fue reconstruir el reportaje sobre seguridad pública, la directora me involucró también en el diseño, la edición y la impresión. Ella juraba que yo sabía más sobre esos menesteres. Si bien estaba familiarizada con la edición, nunca antes había participado de manera tan directa en cada uno de los pasos de la producción. Cada etapa tenía un lenguaje que aprender.

El objetivo principal de la revista era difundir los trabajos de la ARDF en sus sesiones plenarias y en comisiones, pero también pretendía enriquecer el panorama de los asambleístas al mostrarles, desde la perspectiva del reportaje, la problemática de la ciudad de México.

La primera parte estaba resuelta, o casi, pero nadie tenía clara la segunda. Mejor dicho, después del desastre que representó el primer intento, en el reportaje sobre seguridad pública, ninguno de los escasos colaboradores quiso aventurarse por temor a lo exhaustivo del trabajo y a las críticas de la directora. Ninguno, salvo yo, tenía experiencia propiamente como reportero. Y como siempre había buscado la oportunidad de sumergirme en las arenas del reportaje, quise correr ese riesgo y me autopropuse para desarrollar la sección *Páginas Urbanas*, pensada para mostrar ampliamente la problemática de cada uno de los aspectos de la ciudad de México. Así que en las ediciones subsiguientes la sección me perteneció de manera natural.

ASAMBLEA



ASAMBLEA



El caos del transporte público

Pero la confusión continuaba. Nuevamente no había objetivo definido ni claridad en la delimitación de los temas. Es por eso que cuando se planteó abordar el transporte público en la ciudad de México quise llorar. Regresé al tercer semestre de la Universidad. Me encontraba ante un título desnudo, sin la delimitación y los objetivos clave para un reportaje. Un universo sobre el cual lo desconocía todo, pero sabía inaprehensible, así que comencé a explorar de cero.

Investigué las ramas del transporte, la manera en que operan tanto en México como en otras ciudades. A principios de 1995 se hablaba de la restructuración del transporte concesionado, de la nueva Ley de Transporte; los conflictos en la ahora extinta Ruta 100 comenzaban a tomar fuerza. Decidí abordar la parte legislativa, ya que ahí se

concentraba toda la problemática que se quería resolver, y se reflejaban también las pugnas entre concesionarios y otorgantes; entre las fuerzas de diferentes partidos que querían dar orden jurídico desde su propia perspectiva; los intereses económicos que había detrás y lo poco que importaba el ciudadano en toda esa maraña.

La tarea no fue sencilla. Después de un mes en que realicé entrevistas, en que recopilé documentos, en que estudié el proyecto de ley; luego de consultar a los diferentes actores, dediqué siete días completos únicamente a escribir, me enfrentaba ante una complejísima madeja de información que había que analizar.

Ahora mi perspectiva es distinta; veo ese procedimiento como algo más normal, pero en ese momento, luego de casi dos años de dedicarme exclusivamente a hacer notas informativas y entrevistas que escribía en menos de una tarde, el reportaje parecía imponente, todo un reto que enfrentar.

Curiosamente, desde el comienzo de este nuevo medio noté ciertas diferencias con otros en donde había estado. La información llegaba mucho más fácil, documentos, informes que como representante de otro medio hubiera costado más tiempo obtener; al solicitarlos a nombre de un legislador las puertas siempre se abrieron de manera casi inmediata.

También tuve una revelación. A partir de ese reportaje vi claramente que la parte jurídica era fundamental para entender cualquier problema, y que los reporteros difícilmente reparábamos en esa importancia, lo cual se nota -un ejemplo entre muchos- en las crónicas legislativas, en donde es evidente que -en la mayoría de los casos- no se entiende ni "j". Por eso la declaración fácil, por eso "la nota de color"; por eso el rumor, la filtración. ¡Cuánta información valiosa hemos desperdiciado!

Ese fue el principio de una veintena de reportajes a través de los cuales analicé la ciudad de México

desde la estructura del gobierno, sus vicios y sus deficiencias, enfrentándolos con el punto de vista de los organismos sociales y de los académicos estudiosos de las diferentes disciplinas. El caos en el transporte público solamente era un reflejo del mega caos que prevalecía en el Distrito Federal y su área metropolitana.

Un ordenamiento jurídico perfecto

En la serie de reportajes publicados en la revista *Asamblea* seguí una metodología similar. Revisar lo que se ha publicado al respecto, consultar a alguien involucrado en el tema, pedirle que explique desde el principio, revisar el marco jurídico, si bien cada tema esconde un procedimiento distinto.

Para revisar la problemática de la donación de órganos, en abril de 1995, comencé por conocer la estructura hospitalaria de la ciudad de México, los bancos de donación, las estadísticas, así como el marco jurídico incluido en la Ley General de Salud que otorga a las autoridades médicas, por ejemplo, la facultad de tomar los órganos de una persona que ha muerto por traumatismo; sin embargo, el concepto de muerte y los usos y costumbres en México continúan pesando más y no permiten que este ordenamiento se aplique. Es así que anualmente unos cinco mil pacientes esperan la donación de un órgano, de los cuales solamente 650 lo reciben; los otros mueren.

A la búsqueda de sustento y libertad

Cuando me propusieron hacer un reportaje sobre los niños de la calle sentí pereza. ¿Qué se podría decir que no se haya dicho? ¿Publicaría nuevamente las mismas fotografías lastimeras de niños sucios que no han dejado de reproducirse? Los niños en situación de calle son un problema social con el que hemos aprendido a convivir. Son imágenes que han dejado de conmovernos desde la década de los 80, cuando

se incorporaron a la gama de las miserias de esta metrópoli, sumándose al ancestro teporocho que duerme con su vómito y con ratas en la calle, al organillero casi limosnero, al indígena que toca el acordeón, al ambulante perseguido por la camioneta.

Y sin embargo, estar ahí, dentro de esa fétida coladera, en un camellón de la demencial avenida de los 100 metros, era algo totalmente nuevo, sorprendente, indignante; inaceptable. Indignante ver un niño atropellado días atrás, con la pierna inflamada, quien lo único que desea es drogarse. Desconcertante que alguno de ellos te quisiera besar o tocar; o más aún, que tú le dieras el beso o lo abrazaras o lo tocaras. (Debo confesar que la piel se enchina en una mezcla de miedo, compasión, coraje, sorpresa). Inaceptable que se tenga identificado a cada uno de estos niños, incluso a los que cada día se incorporan, y no sea posible detener esta situación.

Cristales históricos de la ciudad

En cada uno de estos reportajes cabe todo un universo. Un universo en el cual el único denominador común fue la extensa investigación que cada uno implicó, de modo que considero haber comprendido los temas un poco más ampliamente que los realizados con inmediatez. No sé si fueron trabajos mejor logrados, o si los temas fueron más relevantes que otros. Pero sé que descubrí un género que anteriormente sólo conocía en forma teórica. También enriquecí mis trabajos con los ordenamientos jurídicos como marco que rige (o es ignorado) en cada uno de estos submundos de la ciudad. Descubrí el mundo parlamentario -sus formas, sus conceptos, su administración-, donde se toman las decisiones que regularán la convivencia de los ciudadanos.

Estos reportajes abarcaron más de 20 ediciones en dos tomos publicados durante la primera legislatura, que considero han cristalizado ese fragmento de historia que vivió en esos años la ciudad de México.



Las páginas que han concluido comprenden ocho años de carrera en el periodismo. Entre estas experiencias en medios escritos han surgido algunas coincidencias. La revista *Tiempo*, el diario *Reforma* y a la revista *Asamblea*, por ejemplo, trataban de arrancar proyectos nuevos. Ciertamente, *Tiempo* había nacido hacía cuarenta y tantos años, pero había permanecido dormida por un largo periodo. Más aún, su vida se dividía en sexenios. Ahora, cuando menos en teoría, se trataba de hacerla renacer.

En las tres publicaciones se buscaba gente joven con la ambición de romper el concepto negativo del reportero para inaugurar una acepción diferente del periodismo en México. Los primeros objetivos deberían ser la información y la investigación, a fin de dar al medio personalidad propia, empresa que requiere de entrega absoluta, disciplina y pasión, además de resistencia física. Sin embargo, las exigencias estaban claras, pero no siempre las condiciones estuvieron dadas.

En esos medios siempre estuve rodeada de gente exigente y de caracteres explosivos, que, si bien fueron difíciles de enfrentar en los primeros años, me ha permitido conocer algunos límites personales y desarrollar cierta habilidad. Después, esas exigencias, sin darme cuenta, se volvieron una actitud ante la vida.

Los primeros contactos con el medio, con los vicios del medio, me produjeron aversión (creo que esta aversión continúa). Los reporteros, en su mayoría, tienen un instinto gregario que yo nunca tuve, y que determina sus notas informativas. Por eso leemos la misma nota en diferentes diarios y con distintos créditos. Aversión por los vicios y tristeza por la ignorancia y las pésimas condiciones laborales que imperan en la mayoría de las empresas llamadas medios de comunicación.

Y sin embargo esas condiciones apenas son el principio sin el cual no se puede partir; después vienen los retos interesantes. El periodismo de nota diaria, la reproducción de estupideces deja como secuela un vacío infinito. La sensación de haber perdido el tiempo en una actividad diariamente desechable que nada tiene que ver con el periodismo y que, en cambio, implica un alto costo personal. Cuando sucede que el periodismo -o cualquier actividad o circunstancia- se vuelve una sobrevivencia lejana a los objetivos personales y profesionales, es preciso lanzarse a nuevas búsquedas.

De las buenas experiencias, acaso algo de lo más valioso que he encontrado en esta profesión, es la oportunidad de tener contacto con gente sensible, inteligente, irrepetible; de conocer cosas sorprendentes, maravillosas, muchas de ellas difíciles de explicar, como un sueño que al ser narrado pierde toda emoción. De las malas experiencias he tomado la enseñanza y espero olvidar la anécdota.

Lucía Carrasco Rojas, agosto del 2000